



En voz alta

Alberto
F. Cañas

“El 48”:

historia militar

Habrá que ser un historiador militar con conocimientos de estrategia, para justipreciar lo que dice el Profesor Miguel Acuña en su libro “El 48” sobre las acciones bélicas de entonces. Yo confieso no tener los conocimientos sobre la materia que poseen los señores Acuña y Rechnitz, en alguna forma co-autores de lo que se ha publicado. Sólo sé lo que me contaron y lo poco que vi.

Y lo que me contaron, me han contado y me siguen contando los que en ello anduvieron a fondo (entre ellos el propio “invasor” General Ramírez) es coincidente y me permite tener una visión global del asunto. Visión que, ay, no coincide con la del señor Acuña. Entre otras razones, porque la de éste está destinada a hacernos creer tres cosas, a saber: 1) Que fueron los voluntarios extranjeros los que pelearon y ganaron la guerra (en la página 328 se dice que Ramírez y Rivas ganaron —probablemente solos como en las películas de vaqueros— la batalla de El Tejar); 2) Que el único suceso digno de tomarse en cuenta fue la batalla de El Empalme, y el batallón que en ella participó el único que peleó de veras, careciendo de importancia la batalla de San Isidro y el batallón que lleva su nombre, la toma de Limón y la Legión Caribe que la llevó a cabo. (No debemos olvidar que el heroico batallón de El Empalme es el que ha tenido la desventura de producir más disidentes, y también del que han salido más veteranos con rumbo a tiendas políticas diferentes a la que reúne a la mayoría de la gente de la revolución. He aquí una circunstancia para sopesar); y 3) que las operaciones de preparativo de un ataque a San José en que participó el señor Rechnitz una vez que cayó Cartago, constituyen la verdadera epopeya.

Repito que hay gentes mucho más autorizadas que yo para analizar la versión que el libro da sobre las operaciones militares.

Pero llama la atención el profundo, detallado análisis que el profesor Acuña dedica a lo que podríamos llamar, sin pelos en la lengua, atrocidades de guerra. Toda guerra trae excesos, abusos y crímenes. Ningún ejército, en la historia de la humanidad, ha salido de una guerra

limpio de excesos, latrocinios y atrocidades. Y lo que se llamó Ejército de Liberación Nacional, claro que tampoco. No lo formaban santos sino hombres.

El libro se recrea en relatar las atrocidades, excesos y crímenes que pudieron haber cometido los combatientes de la revolución. Los relata, subraya, analiza, recalca y, por supuesto, condena. Todos tenemos que condenarlos.

Pero guarda al mismo tiempo un silencio profundo y sospechoso (por lo menos para mí, que tantos silencios le he notado al libro, es sospechoso) sobre las atrocidades que cometieron los del otro bando.

Puede haber dudas sobre si los fusilados de Quebradilla fueron Guardias Nacionales de Nicaragua como se ha afirmado, o costarricenses como se desprende del libro de Acuña. La nacionalidad no cambia la índole del hecho, pero —aun sin justificarlo— puede explicarlo, dentro de la emoción, la psicosis y el delirio; y éste es uno de los muchos asuntos que valdría la pena dilucidar.

Pero sobre lo que no hay dudas de ninguna especie, es sobre el caso de Nicolás Marín, prisionero de guerra torturado, mutilado y asesinado por gentes del Gobierno, y cuyo nombre no aparece siquiera mencionado en las 386 páginas del libro. Silencio absoluto sobre él, y silencio absoluto también sobre la masacre de abril en la Avenida Central, cuando los tanques, yipones o lo que fuera, repitieron su hazaña del mes de julio y salieron a disparar a discreción, matando, entre otros, al señor Pinto, exiliado hondureño que atendía el departamento de libros de la Librería Lehmann.

Silencio también sobre el fusilamiento de los hermanos Infante y sobre otras depredaciones conocidas que llevó a cabo un militar llamado Aureo Morales.

Tres casos de fusilamiento, uno de ellos con tortura previa, y el ataque mortífero contra la población civil. Llevados a cabo, no por un ejército de guerrilleros, sino por las autoridades de la República. Pero a este libro no parece interesarle sino una parte de los sucesos. Es el libro de los grandes, de los inexplicables (¿inexplicables?) silencios.